

Mediero

No es ciertamente esta tierra muy amiga de sociedades. En Murcia se pueden formar grupos mayúsculos o minúsculos, medios o multitudinarios, de cinco miembros o de cinco docenas de miembros, pero el número es lo de menos, porque inevitablemente, tarde o temprano, siempre acabará uno erigiéndose en mangoneador del resto, en conductor de los destinos de la reunión, en alma, vida, voz y detentador de la voluntad comunitaria. (Los incrédulos pueden comprobarlo en cualquiera de las muchas tertulias cafeteriles de la ciudad, en las cuales verán a muchos reunidos; pero verán también que en dichas reuniones, irá poco a poco, ganando la tendencia desintegradora del conjunto, formándose espontáneamente nuevos grupos que, a su vez, se desintegrarán, acaparando, al final, la atención superior el orador que logre vencer a los rivales con su mayor ostinación, vozarrón atemorado y capacidad de reclamo; y a quien puede ocurrir a veces que ante la deserción de los demás se quede hablando para sí mismo, sin dejar de mirarse, narcisistamente, en la cornucopia refulgente de cualquier columna o en el agua turbia de un cafetucho achicoriado).

En Murcia, lo primero que se responde a quien propone una participación colectiva es que nones, que no hay trato, que los ayuntamientos mercantiles traen mala suerte.

—Las medias pa las mujeres.

He aquí la máxima popular de un pueblo que ha sufrido lo suyo por confiado y que es, en el fondo y por natural, tan gregario que no quiere más sociedad que la conyugal, (¡qué remedio!), ni más confianza que la de la amistad separada a todo fin de los nobles intereses del comercio. La prueba de esa enemistad con la unión (que alguien tildará de descabellada) queda patente en las doscientas y pico fábricas conserveras — grandes las menos y menos grandes las más—que se diseminan por todo el ámbito provincial, y que lejos de unirse se fraccionan más a medida que los hijos se licencian, alcanzan mayoría de edad y deciden ser patrones de su propia nave mercantil, de su propio negocio.

Son posos, inequívocos, de aquella acomodaticia sentencia que dicen árabe:

No compartas lo que montes,
ni la mujer ni el caballo.

que el murciano procura — ¡ay de aquél que fracasa!— seguir fielmente y que renueva de continuo añadiendo al consejo los elementos que la técnica va poniendo a su alcance: la bici, la vespa, el seiscientos...

Las grandes empresas murcianas se hicieron en la disociación; porque así lo requería el carácter del ejecutante, y ni Isaac Peral ni Juan de la Cierva precisaron de más compañía que la de sus respectivas estancias de solitarios creadores; ni Salcillo pudo crear purísticamente una escuela ni Antonete Gálvez formar un tándem. Murcia es tan individualista que antes que una arcañaba pueda hacer sombra a la "torrecica" surgirá un munícipe que la tire sin más contemplaciones... Francamente: no creo (aunque luego igual me desengaño) que sea este terreno abonado para el troisismo, o matrimonio de a tres, que tanto propugna hoy la liberalota Europa, esa descocada

damisela que ya de antiguo se dejó raptar por el bien pertrechado toro. Y es que la amonestante sentencia pesa mucho, demasiado, en el sentir de la gente:

No compartas lo que montes
ni la mujer ni el caballo.

Tampoco la tierra. La tierra menos que nada. El huertano es muy celoso de su tierra, sea ésta propia o arrendada.

Lo que no es óbice para que se presten ayuda unos a otros con verdadera fraternidad y desprendimiento; pero con la condición de que en acabando, cada uno a su parcelica, cada mochuelo a su olivo y Dios con todos. Cuando el padre muere, si no antes, la primera intención de los deudos es medir la heredad y repartírsela, porque las ollas comunes suelen dar mal resultado y acaban, casi siempre, quebrantando la unión familiar, especialmente si entran en juego las mujeres y quieren sacar a relucir posibles que no les corresponden. La tierra es sagrada; la tierra es al huertano como el camello al beduino, como el trineo al esquimal, más aún: como las pezuñas al centauro.

Por esto, cuando un huertano, por no tener, ni siquiera tierra tiene, ¿qué otro remedio le queda que trabajar de jornalero o destajero o aguardar la oportunidad —que no siempre llega— que puede ofrecerle el amo con propiedad suficiente para permitirse el lujo —sólo al alcance de determinados felices mortales— de que otros laboren su tierra por él en régimen de "a medias y terraje" o, en lenguaje más sencillo, a mitad por mitad...?

En la medianería o granjería coincide el rico y el pobre, el "amo" y el colono, el capital y el trabajo; el uno pone su propiedad a disposición del otro, el que no tiene más capital que ofrecer que la firme voluntad de arrancar a la tierra lo bastante para que coma de ella el "amo" y también su propia familia. En cierto modo, el mediero trabaja para dos. O dicho en otras palabras, ha de trabajar el doble para vivir con apretado desahogo. Si el mediero tuviera tierra propia o arrendada, trabajando la mitad viviría igual, o trabajando igual sacaría doble provecho y llevaría una casa con mayor decoro. Más la fortuna no es cuestión de voluntad sino de azar, y si en el bombo de la suerte le toca a uno —que ya es fortuna—, ser pobre, hay que elegir entre ser pobre de trabajar o pobre de pedir.

El huertano no mendiga mientras las fuerzas le responden. Prefiere ser pobre de trabajar antes que pobre de pedir. Y si algo pide es que el "amo", que tiene las fincas en barbecho, descuidadas, cubiertas de abrojos y cizañas, se las ofrezca en medianería para que él las haga producir con el sudor de la espalda doblada sobre la azada.

El "amo" no arriesga nada, salvo la mitad del abono y la semilla que acaso pone él; el mediero sí que se juega en la empresa, arriesga la otra mitad, su trabajo y su salud, que no es poco, porque partir de principio con la adversa rémora de tener que doblar el trabajo, o mejor dicho, de tener que trabajar para y por dos, es no pequeño lastre.

Juega el "amo", claro, con la privilegiada posición que le otorga su propiedad, —consciente de que el mediero no tiene nada y que, por tanto, ha de recurrir forzosamente a él o, en su defecto, a la industria, que aún le esclaviza más, pues le arranca de su hábito, de su medio. Más vale, desde luego, el "amo" que teniendo tierra la da a medias

a otro que quien la tiene ociosa del todo. Mas no es esta justificación suficiente — excepciones aparte— para que su figura inspire simpatía.

Sí la inspira el mediero, que trabaja arduamente la tierra sin ayuda alguna (salvo que constara en el acuerdo la contratación de jornalera adicional), que la mimó y domina como si fuera propia, arrancándola a la incuria, abonándola apropiadamente, labrándola, estorpeándola, preparándola para rendir cada vez más, esquilmandola honestamente, haciendo del bardal abandonado un armonioso jardín de generosas cosechas.

¿Y todo, para qué? Para que un día —de triste remembranza— se presente el "amo", se encule bajo una higuera, amparado por la sombra, apoye la nuca sobre las manos cruzadas y sin dejar de mirar su leontina de oro, le amole crudamente al mediero:

—Sabes lo que te digo, Terencio; que no me gusta como llevas "mis" tierras.

El énfasis en el posesivo será una clara provocación, una incuestionable admonición sobre su calidad de amo. El mediero tragará saliva, aguantará los envites de la bilis, en-calmará la sangre, cerrará los puros hasta clavarse las uñas, maldecirá por bajines, pero acabará bajando la vista y callando muy discretamente. El mediero, ¡faltaría más!, aguantará mientras pueda las insolencias del "amo", ocultará a los suyos mientras pueda el incidente, pero no tardará la mujer en detectar su pesambre, su pesadumbre. Entonces contará el mediero sus cuitas:

— ¡Mira que después de tanto desvivirme! ¡Con to lo que he hecho yo por poner en luz sus tierras!

Sin embargo, si la decisión del "amo" es privarle de la medianería, no tendrá el mediero más salida que sacar a relucir, entre caústica y filosóficamente, el viejo y legítimo orgullo de los pobres: "En mi hambre mando yo". Y mandará al "amo" a un lugar que, por sabido, no es menester nombrar.